

PENURIA DE TALENTO PUBLICO

En El Salvador abunda el talento. Talento de todo tipo. Los campesinos demuestran de múltiples formas su talento, lo mismo que los artesanos y los obreros. Demuestran su talento los estudiantes, que, cuando reciben la formación adecuada, pueden competir brillantemente con cualquier estudiante del mundo. Demuestran su talento los poetas y artistas, algunos de los cuales son premiados internacionalmente. Incluso demuestran su talento algunos empresarios, que han logrado levantar en poco tiempo industrias competitivas; antes, por lo menos, se hablaba de la productividad extraordinaria de nuestros cafetales y de nuestras plantaciones de algodón y de arroz. Es innegable también el talento revolucionario de algunos comandantes del FMLN. Ciertamente, si se dieran mejores condiciones para todos, ese talento natural y esforzado luciría mucho más y produciría mejores resultados. Pero, aun con lo que tenemos, se puede decir que en El Salvador abunda el talento.

Sin embargo, no abunda el talento público, esto es, no sale al público la cantidad y calidad de talento, que es patrimonio de tantos salvadoreños. Funciones públicas de primerísima importancia para que vayan bien las cosas, son ocupadas por talentos mediocres o menos que mediocres.

Merece reflexionarse sobre este punto ahora que va a darse un cambio de gobierno y que, por tanto, van a ocupar cargos públicos de importancia muchos ciudadanos. ARENA había prometido que presentaría en su campaña a quienes irían a ocupar los principales puestos del futuro ejecutivo. Fue una de sus primeras promesas incumplidas. Hasta las mismas vísperas de la toma de mando por el presidente Cristiani, no es que se desconozca quiénes van a ser los ministros, sino que se sabe cómo personas muy capaces, de mucho talento y bien instaladas, se resisten a tomar la responsabilidad de conducir la cosa pública. O no estiman la función política o tienen miedo de perder más que de ganar con ella. Hombres de gran talento político y de connotada preparación no desean ser ministros. Con lo cual amenaza el gravísimo peligro de dejar decisiones importantes y aun la conducción misma de la nación en manos de incapaces y de ineptos. Punto tanto más grave hoy día cuanto que El Salvador está urgido de tomar decisiones fundamentales, en las que se juega su presente y su futuro.

Al gobierno anterior se le acusó no sin causa de ineptitud y de corrupción, aunque en su seno había hombres capaces y no corruptos. Hubo fraude con el gobierno del presidente Duarte, en el sentido de que el pueblo se sintió engañado. Lo que ahora puede ocurrir es todavía algo más grave: que el pueblo quede defraudado en sus expectativas. Muchos cambiaron su voto para mejorar, para mejorar ellos y para que el país

mejorase. ¿Cómo va a ser posible esto, si los mejores talentos políticos de El Salvador no son invitados a participar en la gestión gubernamental o no desean participar en ella?

Pero la penuria de talento público no se ve sólo en el poder ejecutivo. Se ha comprobado ya en el año y pico de una Asamblea dominada por ARENA. Las apariciones en público de su presidente Alvarenga Valdivielso o de su vicepresidente Ochoa Pérez son algunas veces desalentadoras y casi siempre muy poco dignas de admiración, cuando no del todo inapropiadas. En los últimos días todo el cuerpo de diputados no se dió cuenta de que estaban aprobando un decreto palmariamente inconstitucional, para percatarse de lo cual sólo se requería un mínimo conocimiento de la letra constitucional. Y lo peor no es lo que hacen y lo que dicen los diputados, sino lo que han dejado de hacer y de decir. La Asamblea se ha convertido en una casa comunal donde se discuten inútilmente cuestiones de barrio, pero donde falta el debate político de altura sobre los grandes temas del país. Dados los hombres que la componen, dada su sumisión, no al pueblo que los eligió, sino al partido que los nombró y en algunos casos los compró, poco se puede hacer, no obstante la presencia en el hemiciclo de personas respetables de considerable talento político.

Algo semejante debe decirse del órgano judicial. El Salvador tiene tradición jurídica, ha contado y posiblemente cuenta con grandes maestros del derecho. Pero, con notorias y pocas excepciones, no son los mejores talentos, intelectuales y morales, quienes ocupan los puestos decisivos en la estructura judicial. Con facilidad se deja el campo libre a quienes puede manejar el partido dominante o a quienes poco tienen que hacer en la cátedra universitaria o en su bufete particular. Mucho riesgo y poca retribución salarial parecen ser razones de esta situación. Pero lo es también el partidismo con el que se decide la distribución de puestos. Montesquieu previó bien la necesidad de hacer autónomos e independientes entre sí a los tres poderes del Estado, pero no pensó que a los tres poderes del Estado, especialmente al legislativo y al judicial habría que hacerlos independientes de los partidos. El diputado debería responder al pueblo que lo eligió y el magistrado judicial, cualquiera fuera su puesto, a los dictados de la ley de la justicia.

Finalmente, otro lugar donde escasea el talento público es en el periodismo, sobre todo en el periodismo escrito. Contamos con buenos reporteros radufónicos y televisivos. Contamos con periodistas como Hilarión Juárez con su penetrante, bondadosa y salvadoreñísima forma de escribir y echamos en falta la presencia más continuada de periodistas de garra como Waldo Chávez. De vez en cuando honran los periódicos con su pluma hombres de reconocido talento en los más diversos campos, de quienes se aprende mucho. Pero esta es la excepción. Lo general es la mediocridad. Cualquier tinterillo

sin preparación se lanza a escribir y el periódico recoge sus exabruptos con tal de que defiendan su línea política o sean útiles para insultar y difamar, a quienes tienen pensamiento propio. No hay más que escuchar los comentarios de quienes han tenido la suerte de conocer un buen periódico y cogen en sus manos alguno de los que aquí alardean de ir a la cabeza de la prensa escrita.

Estos cuatro campos públicos, por ser tan fundamentales para la buena marcha del país, requerirían un esfuerzo generoso para que en ellos se hiciera presente tanto talento como se da en El Salvador, que, colocado donde debiera, podría dar un impulso notable en este momento tan decisivo para la nación y para el pueblo salvadoreño. Fuera con los ineptos y corruptos, que debieran dejar sus puestos a quienes por su talento, preparación, honestidad y trabajo los pueden desempeñar mucho mejor. Es la insoslayable exigencia del momento actual.



22-Mayo-89